



ARMA

AEREA

¡CONJETURAS!... ¡SUGERENCIAS!

Por el Coronel MATA

Segundo premio de nuestro Concurso de artículos.

Al finalizar la primera guerra europea, el estado de la técnica aeronáutica tan sólo consintió percibir una sensación restringida de las posibilidades del avión: la observación aérea. Los Mandos de los Ejércitos, aquellos Mandos ganados por el escepticismo al iniciarse las hostilidades, la consideraban como cosa lograda.

Sus realidades actuales no podían ser sospechadas, pero no obstante, la opinión era unánime; sin la observación aérea el Ejército quedaba ciego, ya que era el solo medio que permitía malograr la alegre maniobra estratégica del adversario, descubriéndola a tiempo para contrarrestarla.

Y una vez más el efecto suplanta a la causa; no fueron las armas automáticas por sí las que provocaron la guerra de estabilización, sino el buen aprovechamiento de sus fuegos. La observación aérea descubría las probables direcciones del ataque, y el mismo recurso permitía instalar las armas propias con el enmascaramiento conveniente y dirigir con eficacia toda la potencia destructora de los tiros de la artillería; el carro, arma de no menor sensación, no pudo superar el obstáculo que representaba un plan de fuegos bien concebido, y culminó la apología de la defensiva, materializada en la construcción de nuevas murallas de la China, con las que algunos de los presuntos beligerantes cubrieron sus fronteras.

Las acciones agresivas, ametrallamiento y bombardeo, de la aviación de aquella época, tan sólo dejaron traslucir su alcance futuro a un sector de opinantes muy reducido.

Por ello, ganados por la más elemental discreción, nos abstenemos de presagiar las posibilidades futuras del Arma aérea; pero estimamos que existen suficientes elementos de juicio para establecer, o por mejor decir, confirmar algunas conclusiones deducidas de su pasada actuación, y aun orientar la meditación sobre acontecimientos que pueden producirse en breve plazo.

La capacidad destructora del Arma aérea, que por su potencia y precisión, en circunstancias particulares, consiente alcanzar rápidamente los fines propuestos, se reveló en los albores de la actual contienda; asociada al considerable radio de acción de sus aviones, aniquiló moral y materialmente tropas escogidas que estaban en línea y contingentes que se hallaban en pleno período de concentración.

Estas fulminantes victorias fueron acompañadas como condición "sine qua non" de la superioridad aérea local; mas como también concurría la misma circunstancia en los medios terrestres, era difícil discernir con objetividad la atribución del éxito a unos u otros.

Actualmente se admite con absoluta unanimidad

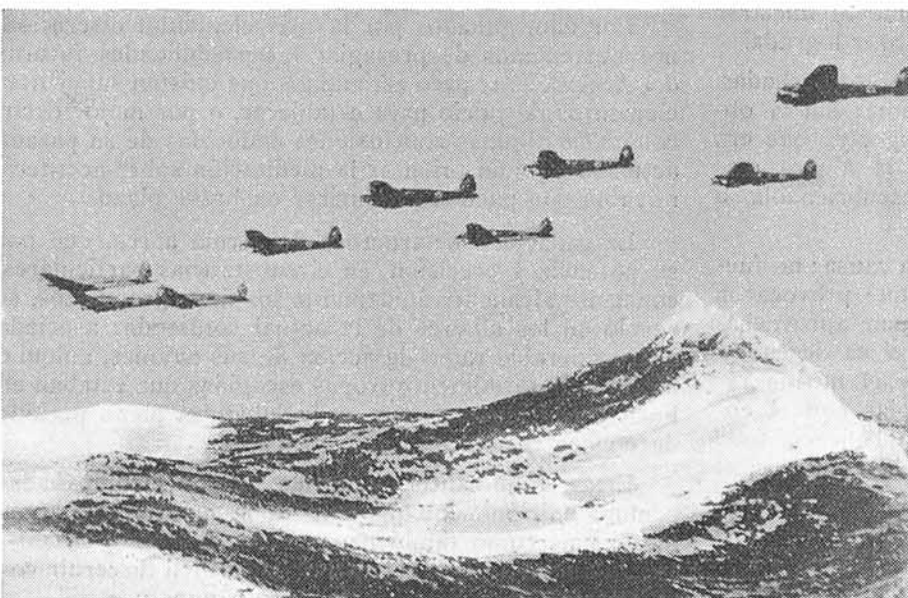
que "la acción aérea previa y el apoyo subsiguiente a las fuerzas de superficie son imprescindibles, no sólo para la libertad de maniobra de las tropas, sino para que éstas conserven una línea del terreno hasta en los casos que están amparadas por la fortificación".

En la campaña pendular de Libia, la preponderancia de las fuerzas terrestres no se hace tan manifiesta; las oscilaciones de la línea de contacto quedan más íntimamente ligadas a la supremacía aérea local, y esta tendencia culmina en el epílogo de la campaña: la conquista de Túnez. Como alegato de fuerza irrefragable, extractamos algunos párrafos de la alocución del General Montgomery al cesar en el mando del VIII Ejército, diciembre de 1943: "En el tiempo que permanecí en este puesto atravesé un momento de grave inquietud; traté de ocultarlo, y creo que ni mi Estado Mayor llegó a conocer mi ansiedad. Al alcanzar mis tropas la línea del Mareth, su debilidad y diseminación eran tan grandes, que verdaderamente temía el ataque inmediato de Rommel; aunque hice entrar rápidamente en línea la División neozelandesa, creo que lo único que nos salvó fué *nuestra gran superioridad aérea.*"

En la guerra marítima, la influencia del Arma aérea ha sido relativamente más trascendente. Antaño el dominio del mar se conseguía casi automáticamente; su panacea se condensaba en el tradicional criterio marítimo inglés: "Dos poderes tipo, frente a un poder"; es decir, potencia naval ligeramente superior a la suma de las dos flotas más potentes.

Por este medio y supuesta una armónica constitución de la fuerza naval, que integre unidades sutiles de superficie y submarinas en cuantía suficiente para contrarrestar la acción insidiosa de las fuerzas similares del adversario, éste quedaba obligado a aceptar la batalla en manifestaciones condiciones de inferioridad, o al renunciar a hacerlo, tácitamente cedía el dominio del mar, por quedar sus fuerzas inutilizadas en sus bases, efecto del bloqueo militar de su enemigo.

La Flota, dueña de los mares y en cierto grado de



... las servidumbres topográficas fácilmente superables ...

las costas por ellos bañadas, intervenía rigurosamente todas las comunicaciones marítimas, practicando un bloqueo nacional alejado, que por consunción aniquilaba a todo país marítimo. Aceleraba este desenlace inevitable el bloqueo próximo y la aplicación de la poderosa acción ofensiva de las fuerzas navales sobre el litoral enemigo, que en su mayor parte era atacado con relativa impunidad.

La aparición del avión trastorna fundamentalmente la organización y empleo de la fuerza naval, modifica la técnica de la construcción en los tipos de barcos tradicionales y suscita la aparición de otros nuevos, que en muchas situaciones resultan imprescindibles. Coarta la libertad de los mares, ya que las conocidas limitaciones por necesidades de la navegación, zonas minadas y las prohibidas por la defensa costera adversaria se amplían en límites insospechados, por quedar las fuerzas navales durante la navegación o en sus estacionamientos expuestas a los ataques directos, al fondo de minas o a la localización por los medios aéreos.

Estas dificultades no pueden ser superadas por la aviación embarcada por la inferioridad de sus características relativamente a la que tiene sus bases en tierra firme y por la mayor facilidad que la última posee para conservar o reforzar sus efectivos, circunstancias que la permiten alcanzar fácilmente la superioridad cualitativa y cuantitativa en momento y lugar determinado.

Estos hechos han variado profundamente el concepto del dominio del mar, sustituyéndolo por el de dominio aeronaval, que no alcanza el carácter de universal que hasta época reciente se atribuía al primero. El mejoramiento del radio de acción de los aviones, acentuando aún más la superioridad de la aviación costera sobre la que acompaña a la Flota, no consiente prever la ponderación económica de fuerzas navales y aéreas para conseguir unos fines que hagan efectivo en cierto grado el libre uso de los mares.

Al terminar las victoriosas campañas de Alemania en el continente europeo, las acciones aeroterrestres entran en un período de relativo marasmo; ni el favorable desenlace de las operaciones en el norte de África, ni la conquista de Sicilia y desembarco en la península italiana, ni el sesgo de los acontecimientos en el frente del Este, son estimados por el bando aliado como resolutivos, y subordina la cronología a la importancia al juzgar que la victoria está asociada a la creación de un segundo frente, ya que el italiano sólo ha merecido el nombre de tercero.

En este interregno, sea buscando efectos decisivos o simplemente consecuencias de orden moral o material que faciliten la ejecución de operaciones posteriores, ambos contendientes plantean y realizan importantes acciones específicamente aéreas, que en los últimos tiempos se recrudecen notablemente.

Los conductores de la guerra lanzan sus soflamas o exponen razonables argumentos, y en unas y otros se fía en el incésante y rápido aumento de las fuerzas aéreas como el medio más apropiado para alcanzar en corto plazo un favorable desenlace de la lucha.

Las noticias diarias sobre los resultados de los ataques aéreos aumentan la relación de los objetivos destruidos materialmente y se entremezclan con otras de carácter muy diverso, tendentes en su conjunto a provocar en el adversario un estado de ánimo especial mediante la "guerra de nervios". Su alcance no puede valorarse en abstracto, y aun al margen de todo vaticinio, consideramos muy interesante el examen de los aspectos de este problema relacionados directamente con el empleo de las fuerzas aéreas.

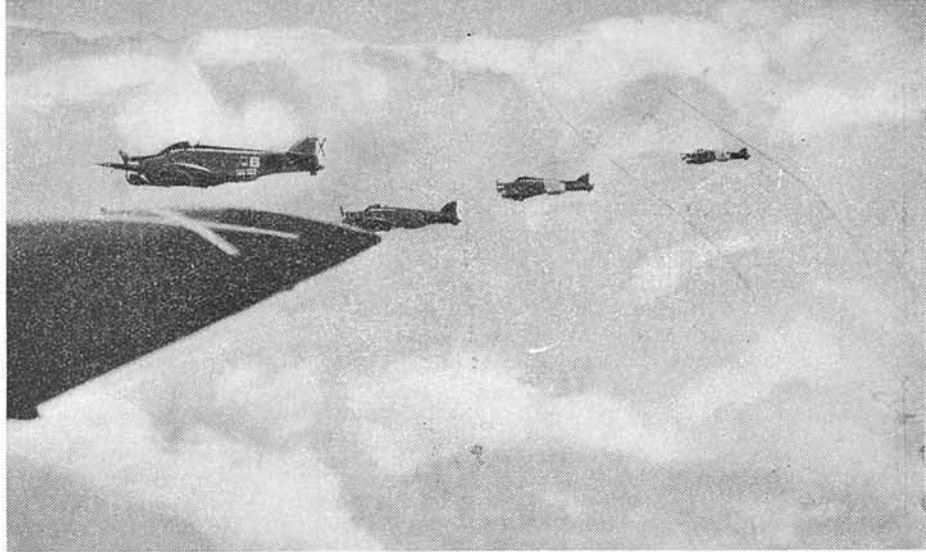
El desconcertante progreso de la técnica aeronáutica disculpa los errores frecuentes en que se incurre al analizar la guerra aérea y aun las acciones conjuntas de tierra, mar y aire, confundiendo su esencia con lo puramente formal, que si siempre tiene carácter efímero, en este caso resulta agudizado por la circunstancia que acabamos de apuntar.

Los factores esenciales de la guerra son constantes cualquiera que sea su naturaleza, si bien acusen su personalidad específica, y pueden reducirse a los siguientes: el *fin* se concreta en imponer nuestra voluntad al enemigo o resistir a su recíproca imposición; el *instrumento*, constituido por los hombres con sus rasgos físicos, intelectuales y psicológicos inmutables, que manejan un medio de acción apropiado para atacar o defenderse, y el *ambiente*, medio físico en el que se desarrolla la lucha. Estos factores determinan unas leyes constantes o principios, cuyo valor absoluto no es mensurable, sea porque algunos son imponderables, sea porque estén afectados por un concepto de relatividad; tal ocurre con el hombre y el rendimiento de los medios de acción; el conjunto de las manifestaciones de su actividad imprime formas características a las guerras dentro de la amplia gama en que se producen y desarrollan.

Los factores formales se relacionan entre sí por razones de carácter orgánico, táctico o estratégico; su determinación e influencia recíproca son fáciles de puntualizar.

Del análisis de los primeros se deducen las bases para el estudio de la guerra; el examen de las formas descubre la técnica de la misma, que, en constante evolución, se adapta a las características de los medios empleados para hacerla.

Considerado en abstracto el problema de la guerra aérea y concedido un amplio crédito en el mejoramiento de los medios del Arma aérea, ésta encarna en sí misma recursos suficientes para alcanzar la solución favorable de un conflicto, ya que en resumen el giro de las operaciones reduce su finalidad a la supera-



... las limitaciones meteorológicas de carácter efímero ...

ción de la voluntad de vencer sobre la voluntad de resistir.

En términos generales, la segunda se vincula a la posesión de la cosa poseída; se aduce que el Arma aérea no posee la capacidad necesaria para desalojar al enemigo de sus objetivos; aun transigiendo con afirmación tan discutible, opinamos que indirectamente por sus solos efectos consigue dicha finalidad.

Nuestro supuesto tiene su antecedente en la propia guerra. Las retiradas de los ejércitos y la rendición de las plazas de guerra se produjeron en todo tiempo, y la causa que las provocó, en el fondo, es única, porque la "idea de posesión está ligada al derecho de disponer de lo poseído, con exclusión del arbitrio ajeno". Esta situación de ánimo se planteó en numerosas ocasiones sin consumarse la privación material del objetivo, y el plazo variable en que se consiguió, engloba el recuerdo imperecedero de la defensa de algunas plazas o las mayores condenaciones para los jefes y guarniciones de otras.

No vemos razón que se oponga para provocar crisis análogas mediante ataques aéreos reiterados, especialmente si se realizan con relativa impunidad, capaces de quebrantar sin tasa los objetivos hasta anular su valor militar, económico o moral.

La idea recíproca, es decir, el hecho de que el enemigo conserve cierta capacidad para la ofensa, produce efectos análogos: el defensor se ve alentado por los daños que inflige al atacante, y éste, a la larga, puede ser ganado por el desánimo al conceptuar como oneroso el precio de sus acciones.

La pugna de las propagandas antagonistas no permite juzgar con acierto los resultados de los ataques aéreos, especialmente los llamados terroristas; una parte ha de encajar bien el golpe para sostener la moral de guerra del país; la otra, deforma, abultándolos, los resultados favorables con vistas a conservar el espíritu combativo de las fuerzas aéreas y preparar el ánimo de su retaguardia, que de buen grado ha de aceptar los sacrificios que se la piden para proseguir y ampliar estos ataques. Las opiniones sobre la procedencia de estas acciones son muy dispares, aprobando o censurando "la idea estratégica" que las rige y el acierto con que son orientadas.

Siempre fué asunto delicado el enjuiciamiento de temas de estrategia; pero las dificultades se acrecen cuando esta ciencia o arte se retrotraen al marco aéreo; cosa explicable, pues con rara unanimidad es considerada como ciencia de observación, y sus principios, nacidos de una experiencia secular, son el resultado de un examen minucioso de los métodos seguidos por los grandes capitanes, señalando cómo ha de proceder el Mando para alcanzar el éxito; su aplicación no asegura la victoria, que no depende solamente de ellos; pero su olvido aumenta considerablemente los riesgos de un desastre.

El Arma aérea en pleno desarrollo, sus actividades tan recientes como carentes de elementos de juicio, no permiten situarse en un punto de vista adecuado para el análisis de sus posibilidades, y sólo penetrando en la verdadera esencia de la estrategia es dable deducir algunas consecuencias por analogía.

Almirante, después de estudiar el origen y propagación de la estrategia, trata de definirla, y lo hace con estas palabras: "Tropezamos con cierto embarazo personal, que ingenuamente confesaremos al lector, y es que... no sabemos." Así no es extraño que en su magnífico Diccionario, en el que no rehuye el análisis filosófico de los vocablos, incluya treinta y cinco definiciones, escogidas entre las mejores de ejecutantes y pensadores que en el mundo han sido, desde que empezó a codificarse esta disciplina. Definiciones que califica de cortas, largas, concisas, difusas, antiguas y modernas.

Propiamente ninguna lo es, ya que no exponen con claridad y exactitud los caracteres genéricos y diferenciales de lo que se pretende definir, y como confirmación de este aserto copiamos la del Comandante Villamartín: "Esta acción simultánea y combinada es dirigida por la estrategia, que plantea los problemas militares a la vista de estos datos (se refiere a la política y organización) y modifica los planes en cada momento de acuerdo con los resultados prácticos. No existe regla de Arte militar que tenga carácter absoluto; puede ser buena para la táctica y no satisfacer a la política ni permitir la organización; la estrategia decide estas dudas e impulsa a los ejércitos por la resultante de todas estas fuerzas: unas opuestas y otras auxiliares de las demás. De modo que la estrategia se reduce a cortar las comunicaciones del enemigo, conservando las propias..."

Y agrega: "El plan general de guerra o de una campaña pertenece a la estrategia; el de una batalla pertenece a la táctica; la primera es esencialmente ciencia especulativa, la segunda práctica; aquélla medita y decide, ésta obedece y ejecuta. La estrategia traza las líneas que se deben seguir y designa los puntos que se han de ocupar; la táctica ordena; una es el alma, la inteligencia; la otra el cuerpo, la forma visible y palpable..." Si ortodoxamente no es una definición, es indudable que la exposición deja perfectamente claros los conceptos y su alcance.

Algo análogo ocurre con otras definiciones, y desechando las que son pura logomaquia, en general todas coinciden por su sentido ambicioso, conceptuando la estrategia como la ciencia necesaria para alcanzar la

victoria; por el contrario, hay que desechar lo que pudiéramos llamar la idea de distancia y seguridad, ya que precisamente el Arma aérea hace imposible preparar las operaciones militares a cubierto de los fuegos aéreos del enemigo.

Por su amplitud, la estrategia es el arte del Generalísimo y de los Generales Jefes de los distintos teatros de operaciones: está ligada íntimamente a la diplomacia, a la economía y a la investigación científica.

La primera señala sus fines, y simultáneamente como un medio más amplía su esfuerzo. La economía la procura los medios de lucha, obteniendo materias primas, elementos manufacturados y los recursos financieros necesarios para la movilización industrial, manteniendo el rendimiento de la producción que permita prolongar la lucha hasta la decisión favorable. La investigación científica facilita a la estrategia armas inéditas; mediante sus inventos, la sorpresa no se circunscribe estrictamente al campo militar, cobra nuevos aspectos. Sin su concurso técnico, la iniciativa de las operaciones puede pasar al contrario si el material que emplea es de características superiores.

La estrategia, arte muy complejo, se rige por principios, y aplica sus procedimientos fundados en datos fijos, variables y probables.

Los principios son de carácter muy general, sirven de guía en lo desconocido, afirman al Mando en sus decisiones y reducen los errores estratégicos, cuyas consecuencias suelen ser funestas.

Se derivan por métodos análogos a los que se emplean en cualquier actividad humana en que se plantea una lucha: concentrar la máxima potencia y asestar el golpe en el centro de gravedad del adversario; para alcanzar el mayor rendimiento en el esfuerzo, se impone la velocidad y se preconiza la sorpresa.

Toda fuerza queda definida por su magnitud, dirección y punto de aplicación, ya que en este caso el sentido viene impuesto. Los principios de *economía* y *concentración de medios* tratan de obtener la potencia necesaria; el principio de *orientación* la emplea en la dirección más conveniente; la *sorpresa* define el punto de aplicación más provechoso.

Pero el enemigo se opondrá a nuestros deseos y es imprescindible un principio de *seguridad* que proporcione al Mando libertad de acción para aplicar el esfuerzo en la forma prevista, a pesar de las reacciones adversarias.

Los *procedimientos* se traducen en la ejecución de las maniobras estratégicas, de las que nos ocuparemos posteriormente.

Los *datos fijos*, o por lo menos evaluables para cierto plazo, se deducen del trazado de las fronteras, de las alianzas y Tratados de amistad, del estudio minucioso de los probables teatros de operaciones y especialmente del examen atento de la situación diplomática y su evolución.

Los variables, sin que pueda prefijarse el plazo para su variación, son: efectivos, organización y armamento propio y de los presuntos adversarios, organizaciones defensivas permanentes, redes de comunicaciones y capacidad de producción agrícola e industrial.

Los probables se deducen, en parte, de los grandes intereses de carácter permanente del enemigo, del trazado de su red ferroviaria y de autopistas y de la organización de sus comunicaciones marítimas y aéreas.

Tratemos de aplicar estos principios, en función de los factores esenciales de la guerra, referidos al teatro aéreo; ello nos permitirá hasta cierto punto deducir los procedimientos que conviene emplear para empeñar los medios disponibles.

El principio de economía y concurrencia de medios proporciona la potencia necesaria para anular la voluntad de vencer del enemigo; para conseguirlo se actúa sobre su centro de gravedad, constituido por sus fuerzas morales y recursos materiales, para destruirlos y arruinar rápidamente su *potencial bélico*. El Arma aérea, por su facultad para atacar a unas y otros, ha transferido este concepto al de *potencial nacional o total*.

Lo integran: la *potencia terrestre*, cuya misión es vencer las fuerzas terrestres enemigas; la *potencia marítima*, que debe asegurar la libertad de los mares y garantizar la intangibilidad del litoral propio e impedir que el adversario actúe en forma recíproca; la *potencia aérea* concreta su objetivo fundamental en la conquista del cielo, procurándose la libertad necesaria para el empleo de sus aviones ofensivos que atacarán las fuerzas armadas, y la *potencia del frente interior* del adversario. El último resume la capacidad de producción y conservación de los esfuerzos civiles, que mantienen la máquina de guerra.

La existencia y actividad de esas potencias no se concibe aisladamente; su acertada ponderación, adecuada a las características del país y de sus necesidades, es el solo medio para que su conjunto, el *esfuerzo nacional*, sea fructífero.

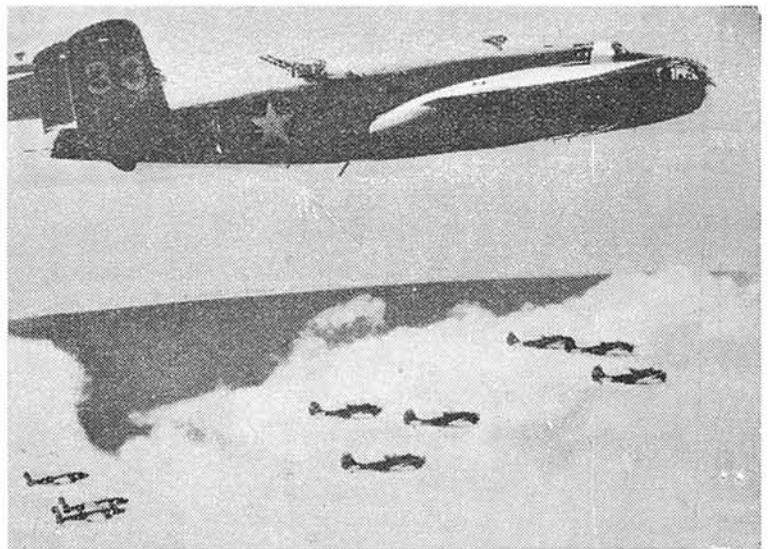
El intento de alcanzar simultáneamente varios resultados conduce a una peligrosa diseminación de las fuerzas que compromete gravemente el éxito. El principio de economía exige, por tanto, fijar un propósito principal único y varios secundarios, en función de los cuales se hace la dosificación de medios.

Los objetivos enemigos fundamentales, que, por tanto, conviene destruirlos, son las cuatro potencias enumeradas, las que a su vez están integradas por otros muchos, gran parte de los cuales, por razón de su situación, solamente son atacables por el Arma aérea; por tanto, la primera tarea será individualizarlos para definir el centro de gravedad en el que hay que aplicar el esfuerzo.

La orientación de las actividades del Servicio de Información será uno de los trabajos básicos de la estrategia antes de la ruptura de hostilidades para tener al día las noticias sobre los objetivos fundamentales que en un momento dado pudieran interesar. Debe de puntualizarse su situación geográfica y topográfica, capacidad de producción, dimensiones, naturaleza y cuantas particularidades sean necesarias para su valoración y clasificación. La labor es ingente, pues si algunos son ostensibles, la búsqueda de otros exigirá una investigación especial.

El examen de su registro permite conocer su número y circunstancias particulares y da el cómputo, en forma casi automática, de la calidad y cantidad de los medios que hay que emplear para su ataque; pero aunque en su recopilación haya presidido un criterio de gran parquedad, normalmente los medios disponibles para batirlos serán insuficientes, y al ajustar la acción a las posibilidades, implícitamente se plantea el problema de seleccionarlos y fijar un orden de urgencia para las actuaciones futuras.

En relación con su naturaleza, los objetivos de interés que fomentan el potencial del país cabe agruparlos, a grandes rasgos, en industrias de transformación que producen material de guerra; industrias básicas, metalúrgicas, químicas, y las fuentes nacionales de energía, como combustibles sólidos y líquidos y fuerzas eléctricas; instalaciones fundamentales de las redes de comunicaciones terrestres, fluviales y marítimas, cuya



... la reiteración de la sorpresa táctica ...

destrucción provoque un colapso grave en su funcionamiento; fuentes de recursos indispensables para la subsistencia de la población animal y fuerzas morales de los habitantes del país.

Esta enumeración denota la imposibilidad de señalar un orden de preferencia genérico, los objetivos no tienen un valor absoluto invariable; sólo el estudio del caso concreto señalará el coeficiente de primacía que les afecta. No existe país que no tenga déficit en algún elemento o producto básico, que sólo podrá cubrirlo, por un plazo determinado, mediante la formación de grandes reservas o abastecimientos periódicos, y en unas situaciones será preferente la destrucción de las primeras, y en otras la interdicción de los últimos.

Los datos anteriores precisarán la amplitud de la acción ofensiva necesaria para atacar con eficacia el frente enemigo; la economía de medios puede aconsejar aplazarla, dedicando todo el esfuerzo inicial aéreo a quebrantar la potencia aérea adversaria para buscar

el equilibrio o superioridad que proporcione mayor libertad a las acciones propias, y aun en casos extremos habrá que limitarla a una actitud relativamente defensiva con vistas a conseguir la misma finalidad.

Modalidades que a lo largo de la actual contienda, persiguiendo mejorar la velocidad del esfuerzo para su mayor rendimiento, han proporcionado a ambos beligerantes grandes éxitos.

Iniciada la lucha aérea, la actividad del bando atacante ha de satisfacer a la doble necesidad de causar el mayor quebranto al potencial interior del adversario y reducir las pérdidas aéreas propias, y por su parte, el defensor ha de preservar óptimamente su frente interior y ocasionar daños decisivos al enemigo aéreo; en resumen, los dos bandos quedan mediatizados por el mismo síndrome, la *economía de medios*, en la que encontrarán la *continuidad* necesaria para la acción.

El bando atacante, como poseedor de la iniciativa, tiene facultad para ajustarla, dentro de la urgencia que haya prefijado, al momento y lugar que le convenga. Al decidir estos extremos surge con toda su tiranía el determinismo del ambiente aéreo, ya que en la acción no sólo hay que arriesgar el mínimo de aviones imprescindible, sino reducir los riesgos de cada uno.

Para satisfacer la primera condición convendrá emplear aviones de gran capacidad de carga, y para alcanzar la segunda, sus buenas características defensivas se asocian a los momentos en que el ambiente ofrezca mejores condiciones para su protección; los dos primeros datos son conocidos y quedan fijados al hacer la elección del tipo de avión que se emplee dentro de los disponibles. El tercer dato tiene una influencia decisiva para decidir la *superioridad de orientación*.

Este principio encarna el origen de la superioridad de maniobra; por él, el Mando se proporciona el ascendente sobre el enemigo, facilita la tarea de sus fuerzas, amplía el radio de acción y alcance de la victoria y permite realizar una ambiciosa explotación. En la guerra aérea, como en todo tiempo y hecha la necesaria transferencia de términos, la determinación de las zonas sensibles del despliegue adversario y su anulación paraliza o limita su contramanobra. Si se malogra este resultado, su contrapartida, el error estratégico, es difícil de reparar, y la dificultad reside precisamente en la orientación defectuosa del esfuerzo principal.

En abstracto, las rutas aéreas para alcanzar un objetivo son infinitas; aunque los accidentes orográficos del terreno sobre el que se vuela y la densidad del despliegue de la defensa contra aeronaves enemigas influyen en la permeabilidad aérea, son obstáculos superables y especialmente de carácter efímero, que un rápido cambio de tiempo o la destrucción conseguida en una acción anterior modifican su valor considerablemente.

Esta mutabilidad de las características del ambiente aéreo impone que a los conocimientos profundos de la geografía aeronáutica del teatro, siempre imprescindibles, ya que la estrategia es hija de esta ciencia general, haya que asociar el conocimiento actual representado por la información meteorológica y del despliegue aéreo y antiaéreo del enemigo; circunstancia

que presta mayor flexibilidad a la maniobra aérea, cuya *orientación* no está constreñida a la toponimia que con monótona repetición llena la historia de todos los países.

Las causas intrínsecas que influyen sobre el ambiente aéreo son de carácter regular, que corresponden a las horas del día y de la noche y otras accidentales originadas por el estado atmosférico del momento, cuya previsión es variable y limitada. Por ello sólo cabe especular, ampliamente y a cierto plazo, sobre las primeras; los beneficios que pueden reportar las últimas son más aleatorios en cuanto a su definición en el tiempo.

El día y la noche se reflejan en forma antagónica en el rendimiento de los medios aéreos; la mayor protección que ofrece la segunda exige preparar y reunir considerables medios especializados. Con los modernos procedimientos de navegación se consigue una precisión satisfactoria en el ataque de objetivos extensos indistintamente de día y de noche y con cualquier circunstancia de tiempo atmosférico, pero solamente dentro de su contorno general, sin que puedan concretarse las zonas donde serán alcanzados.

La vulnerabilidad de un objetivo está influida por varios factores técnicos. Así, si su alejamiento de los aerodromos propios es considerable, hay que eliminar algunos tipos de aviones que, a pesar de sus buenas características generales, no tengan autonomía suficiente. Si la incursión tiene lugar penetrando profundamente en zona enemiga, supone enfrentarse con numerosos elementos de su defensa contra aeronaves, lo que obliga a aumentar los efectivos que se empleen, no sólo en los que han de realizar la protección de los ataques, sino en el de pérdidas que se estime que sufrirán éstos, ya que sin esta previsión la acción podría malograrse por incompleta. Finalmente, la precisión del bombardeo aumenta considerablemente cuando la identificación del objetivo se hace con facilidad y en forma continua y con el aumento de sus dimensiones. Si no se logra la primera condición, sólo cabe situarse por las referencias inmediatas y habrá que realizar un tiro de zonas, cuya amplitud define las probabilidades de alcanzar el objetivo y hasta qué punto hay que aumentar los efectivos empleados para conseguirlo.

Su economía ha impuesto la división de los objetivos entre los que son atacables de día y de noche, y todavía dentro de estos términos las circunstancias atmosféricas del momento de la acción y la defensa contra aeronaves con que cuenten, definen su vulnerabilidad extrínseca.

Si ésta es escasa, los resultados obtenidos son tan pobres que forzosamente habrá que realizar los ataques del día; si esta modalidad proporciona los efectos máximos, ofrece unas ventajas análogas a la defensa.

Esta concreta su antídoto en organizar una red contra aeronaves que cubra todo el territorio propio; escalonada en gran profundidad, ha de combinar adecuadamente su defensa activa dinámica, aviación de caza, con la defensa activa estática, armas antiaéreas y barreras de globos de protección y con la defensa pasiva; esta disposición se ha revelado como la más eficaz porque los aviones atacantes han de pasar de "mano en mano" de los distintos medios de la defensa ocasio-

nándoles severas pérdidas; sus efectos pueden ser materiales, reflejados en la dificultad de reponer los efectivos de personal o material o producir una depresión profunda en las tripulaciones, pudiendo imponer unos u otros el desistimiento o aplazamiento de la acción.

El Mando ha de ponderar cuidadosamente los factores que garanticen la terminación de una acción, pues los inconvenientes que representa la interrupción de un plan proyectado, en ningún caso se compensan con los efectos materiales que se hayan alcanzado en las acciones iniciales de su desarrollo.

Las previsiones de la defensa antes apuntadas pueden resultar insuficientes, porque a lo largo de la guerra el número de objetivos que hay que proteger se multiplica y obliga a fijar unos efectivos aéreos para su defensa de cuantía tan elevada, que puede causar detrimento a la protección que exigen las fuerzas propias, terrestres, marítimas y aéreas.

Para paliar este grave inconveniente el plan nacional de defensa que se formule tratará de que la mayor proporción de objetivos interesantes sean vulnerables solamente para las acciones diurnas, y dentro de esta disposición su situación ha de ser tal, que para alcanzarlos el enemigo tenga que sufrir los efectos de numerosos medios de la defensa.

Esta idea de diseminación y forzada ubicación es difícilmente realizable; se opone al principio de economía de los transportes, que debe limitarse al movimiento de productos manufacturados, reduciendo el de las primeras materias al mínimo indispensable, y perturba los ciclos industriales con perjuicio de su rendimiento; pero con todo, ha de prevalecer en el término de lo posible, ya que, por grande que sea el rigorismo en su aplicación, el número de objetivos que no puedan trasladarse o enmascararse nunca será escaso.

Inspiradas en el mismo principio de la *orientación*, las enseñanzas más recientes confirman la conveniencia de alejar los objetivos de los núcleos urbanos, que en el mejor de los casos han de sufrir las "salpicaduras" de los ataques aéreos, y en todos, al socaire de supuestas necesidades, se asegura un rendimiento "a priori", pues si la destrucción no alcanza al objetivo deseado, siempre se logran algunos efectos morales y materiales sobre la población civil.

Estos efectos son difícilmente ponderables; sin embargo, aunque el ataque aéreo sea una forma inédita de agresión, relativamente a la longevidad de la humanidad, gran parte de las investigaciones realizadas sobre la materia tienen aplicación. El miedo ocasiona en el individuo una serie de perturbaciones somáticas y psíquicas profundas; los trabajos que estudian este estado afectivo son copiosísimos, y los estudios endocrinológicos y psicológicos abordan, respectivamente, ambos aspectos.

La historia confirma en todo tiempo que sólo por una educación nacional inspirada en los principios de

Eternidad religiosa, Patria y Deber, puede superarse el miedo.

Dentro de la potencia nacional enemiga, la importancia de sus objetivos señala la primacía con que deben ser batidos; entendemos que en la generalidad de los casos esta prioridad corresponde a la potencia aérea, ya que en razón de su obicuidad no sólo protege y refuerza las potencias terrestre, marítima y la del frente interior, sino la propia potencia aérea, único medio de ataque que a su vez alcanza a las enemigas.

El principio de la *reunión de medios* tiene por objeto articular los necesarios para la acción, permitiendo alcanzar sobre el enemigo la superioridad en momento y lugar determinado. Las características de las unidades aéreas la imprimen un carácter genuino, ya que, aunque éstas se estacionen por razones logísticas y de seguridad en aerodromos muy distanciados entre sí, ello no supone obstáculo para que formen masa rápidamente en el aire, logrando con facilidad la superioridad sobre el adversario. Para conseguirlo, y dada la limitada capacidad de maniobra de los aerodromos, tendrán que ser muy numerosos y perfectamente dotados; pero esto no es suficiente: los consumos ingentes de abastecimientos de todo género que con pasmosa celeridad consume una masa de un millar de aviones, obliga a una serie de previsiones que, de no realizarse, hacen quiméricas las proyectadas acciones aéreas.

La *seguridad* proporciona al Mando su libertad de acción y ha de proporcionarle el tiempo y el espacio para reunir sus medios. La superioridad de maniobra lograda por la aplicación del principio de orientación y la superioridad de medios, constituyen elementos esenciales para conseguirla.

La *sorpresa estratégica* debe prepararse antes y durante la guerra; puede ser de carácter técnico, táctico, orgánico y de maniobra.

La sorpresa técnica, para que produzca todos sus efectos, ha de estudiarse secretamente en tiempo de paz. Por su carácter efímero, dados los medios de investigación que hay que suponer al enemigo, ha de emplearse con gran profusión para alcanzar consecuencias resolutivas.

La sorpresa orgánica se logra por la constitución, prevista con carácter secreto, de ciertas formaciones



o por el empleo inesperado de otras; resulta, por tanto, íntimamente ligada a la sorpresa táctica.

La sorpresa de maniobra se origina por un despliegue y empeño de fuerzas no previsto por el enemigo; en ella germina la idea de ejecutar una acción superior por su potencia, orientación y velocidad. Alcanza su importancia máxima en la iniciación de las operaciones.

Los procedimientos.—La maniobra estratégica ofensiva es una combinación de acciones y disposiciones que tienen por objeto provocar y mantener la iniciativa de las operaciones orientadas sobre objetivos determinados para obligar al Mando enemigo a modificar profundamente su despliegue.

En su esencia se reduce a señalar direcciones y objetivos sucesivos; se prepara por la elección de un espacio apropiado, y su éxito reside en conducirla inteligentemente, y debe ser capaz de modificar el frente, la actitud y la disposición de las tropas en la forma que convenga.

La presencia continua de las fuerzas terrestres materializa su ejecución, que también se consigue en ciertas maniobras marítimas, relevando las fuerzas en presencia o en forma restringida, supeditada a la autonomía de los barcos. Pero la maniobra aérea en este aspecto difiere esencialmente; la acción de presencia de las fuerzas aéreas considerada en un amplio marco es sólo episódica; los cruceros de vigilancia sobre determinada zona o la misión de la caza libre, aunque se realice en límites más amplios, no pueden tener repercusiones estratégicas; el lograrlas por este medio absorbería tales efectivos que sería tanto como renunciar a las acciones más características del Arma aérea. La acción en presencia, a diferencia de las fuerzas de tierra, no puede ejercerse económicamente en el aire; indirectamente se consigue este efecto por la perfección del despliegue aéreo, dando la máxima efectividad a la *reacción a la alarma*. Aun disponiendo de los efectivos necesarios para realizarla, subsiste la limitación de las condiciones atmosféricas. Los datos del último calendario meteorofenológico referidos al privilegiado cielo de nuestro país, hablan con toda elocuencia.

Otra singularidad de la maniobra aérea es la posibilidad de asestar directamente el golpe decisivo en el centro de gravedad del adversario; para conseguirlo hay que contar con la superioridad inicial de fuer-

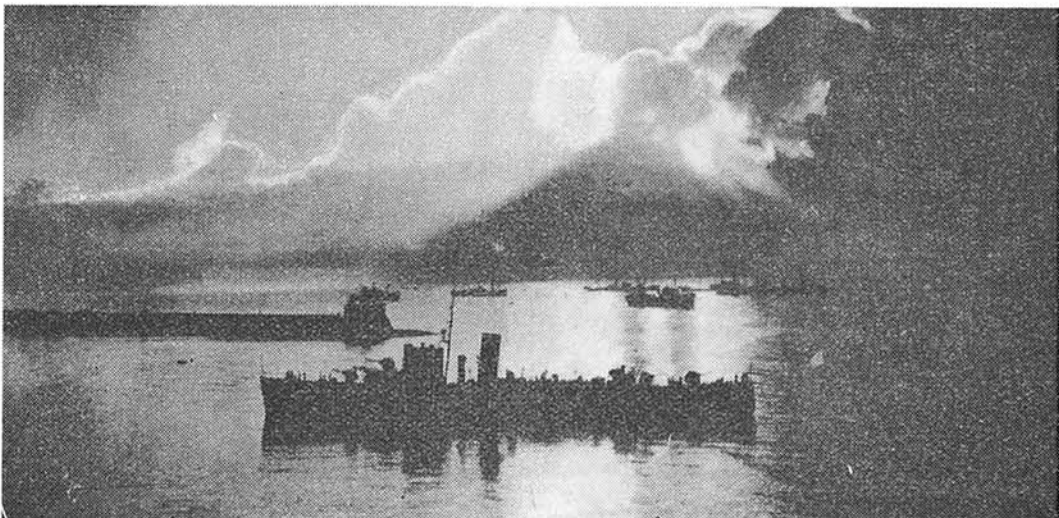
zas en la cuantía necesaria. En otro caso, se señalan distintas fases de la maniobra que pueden tener por objeto variar la amplitud de los frentes de los dos contendientes, limitando el número de los objetivos enemigos que hay que atacar o de los propios que se defenderán, o bien imponer al contrario a que despliegue más ampliamente sus medios, amagando en distintos lugares distanciados entre sí.

La agresión reiterada, estimulando al adversario a la batalla aérea, puede determinar un cambio en su actitud defensiva; contra el ataque aéreo cabe reaccionar, planteando la batalla aérea en las condiciones que convenga, o contrariamente, hacer caer su golpe en el vacío, logrado por la flexibilidad de un despliegue aéreo, que consiente cambiar rápidamente los estacionamientos de las unidades. Se puede intentar que el enemigo desgaste sus reservas, mediante ataques bien dirigidos, que le obliguen a empeñarlas sucesivamente.

Como en todo problema de la guerra el número de soluciones lógicas es corto, para elegir la acertada hay que tener siempre presente que el enemigo no actúa a nuestro dictado; que para no restar intensidad a la acción principal planeada o en pleno desarrollo, cabe menospreciar su reacción, o, por el contrario, prestarla toda atención.

En la guerra aérea pesa en forma importante la técnica, y en sus problemas concretos la cinemática; pero por ello no hemos de referirla a un cálculo frío, ya que en todos sus aspectos actúan las fuerzas morales de los hombres que en ella intervienen. Sus particularidades ensalzan las ventajas que para el estudio de los problemas presenta el método de las posibilidades sobre el de las intenciones. En el primero, el conocimiento de los medios, asociado a una exacta ponderación de la moral enemiga, proporcionará éxitos; pero consideramos muy difícil formular todas las hipótesis aéreas sobre la actuación del adversario, analizarlas y asignarlas un grado de probabilidad que reflejase su importancia. Hasta el acierto fortuito resultaría inútil por llegar retrasado.

La fórmula infalible para lograrlo no existe; pero sírvanos de guía para intentarlo un claro juicio de Su Excelencia el Generalísimo: "Las decisiones fuera de la doctrina, pueden ser geniales o anárquicas; y dado lo excepcional de lo primero, hay que establecer como norma la subordinación a la doctrina." (Comentarios al Reglamento de Grandes Unidades.)



... la seguridad no queda garantizada por los medios tradicionales ...